(Traducción en español)

Mollens, Suiza,16 de agosto de 1984

Aman la propia cruz[1]

Queridísimos,

Quisiera revisar con ustedes la posibilidad de transformar nuestra vida en una divina aventura.

¿Por qué les hablo de ello? Porque el argumento me parece que tiene gran importancia. Además, y principalmente porque con las primeras y primeros focolarinos que se esforzaron con la gracia de Dios en vivir así ya desde los comienzos del Movimiento, puedo testimoniar a qué resultados se puede llegar cuando uno se abandona al Señor completamente, dejando que él nos indique los pasos que hay que dar para realizar su designio de amor sobre cada uno de nosotros.

La aventura divina para nosotros tuvo el siguiente resultado: vimos surgir en el mundo una Obra de Dos, nueva, original, moderna y de grandísima actualidad. Vimos también que echaba raíces profundas en el terreno de la Iglesia y admiramos la expansión de sus ramas hasta los últimos confines de la tierra.

Imaginémonos entonces, qué pasaría si cada hombre -aun en la diversidad de los diferentes proyectos de Dios sobre cada persona- se esforzara por dejar que Dios tome la iniciativa de desarrollar su programa en la propia vida. ¡Sin duda la faz de la tierra cambiaría rápidamente!

Mientras tanto, estos pensamientos nos impulsan a todos nosotros para que no disminuyamos en nuestro empeño personal. Y para que ello no suceda, veamos una vez más qué tenemos que hacer para que la vida que nos queda se transforme en una divina aventura.

"Todo contribuye al bien". Por lo tanto, podemos ver que todo se orienta hacia el bien. Pero "todo contribuye al bien para los que aman a Dios".

Amar a Dios. Nosotros queremos ciertamente amarlo. Pero, ¿cuándo podemos estar seguros de que lo amamos? No sólo cuando todo va bien y sentimos deseos de entregarle nuestro corazón; en esta situación es fácil y hermoso, pero puede ser sólo fruto del entusiasmo o puede estar mezclado con intereses personales del amor propio y no del amor por él. En cambio, podemos estar seguros de que lo amamos, si lo hacemos también en las adversidades. Más aún, si preferimos amarlo precisamente en todo lo que nos hace daño, porque esto asegura el amor verdadero.

Amar a Dios en los dolores y contrariedades es siempre amor verdadero y seguro. Nosotros expresamos este amor con las palabras: "Amar a Jesús crucificado y abandonado".

Transformar nuestra vida en una divina aventura y estar seguros de que todo –nuestra vida pasada, presente y futura- es materia prima para que se realice el designio de Dios sobre nosotros, hace falta una reelección de Jesús abandonado.

Y, ¿qué cruz, qué Jesús Abandonado tenemos que desear para amar? Ciertamente no es una cruz genérica. No una cruz fruto de nuestra fantasía, que sueña – por ejemplo – con el martirio que quizás no llegue jamás.

Jesús a quienes querían seguirlo, les dijo: "Quien quiera venir en pos de mí, tome su cruz". "Su cruz". Por lo tanto, cada uno tiene que amar la propia cruz, el propio Jesús abandonado.

En efecto, si en un arrebato de amor él se presentó a nuestra alma en un momento preciso de nuestra historia pidiéndonos que lo siguiéramos, que lo eligiéramos, no entendía expresar con ello una imprecisa manifestación hacia nosotros, sino una muy determinada: nos exigía amarlo en esos dolores, contrariedades, enfermedades, tentaciones, circunstancias, personas y obligaciones, que atañen a nuestra persona. Y amarlo hasta poder afirmar que ésa es mi cruz. Porque cada uno tiene su propio y personal Jesús abandonado que no es el del hermano ni el de los demás hermanos, sino el propio.

[1] Texto publicado en Juntos en Camino, Ciudad Nueva, pág. 31-34).

Y todo esto es estupendo si sabemos captar el amor de Dios más allá de la urdimbre de los distintos sufrimientos. Nos une con afecto a nuestro Jesús abandonado. Nos impulsa para abrazarlo, como hacían los santos, y para esperar verlo transfigurado en nosotros por una resurrección también personal, dado que el "Jesús" que está dentro de mí es diferente del "Jesús" que está en mi hermano.

Entonces, no perdamos tiempo. Hagamos un pequeño examen de nuestra situación personal y con la ayuda de Dios decidamos decir que sí a todo lo que espontáneamente nos sentiríamos inclinados a decir que no, pero que advertimos que es voluntad de Dios.

Si hacemos así, todo tendrá un profundo significado. A veces seremos como un grano de trigo que, porque sabe morir, verá germinar la espiga; otras veces seremos como la rama que, dado que se deja podar, verá frutos de primera calidad.

Levantémonos por la mañana con este propósito en el corazón: "Hoy viviré sólo para amar a mi Jesús abandonado". Y todo estará resuelto: el Resucitado vivirá en cada uno de nosotros y entre nosotros, y desplegará su Obra hacia nuevos horizontes, para mayor gloria suya y de María. Dirigiéndola hacia finalidades que sólo el Cielo conoce plenamente, y que, por lo que podemos intuir, constituyen ya nuestra felicidad sobre la tierra.

Chiara Lubich